

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Iniciamos hoy el Año Jubilar en nuestra archidiócesis de Mérida-Badajoz. Después de la apertura de la Puerta Santa esta mañana en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de San Juan Bautista de Badajoz, abrimos ahora la Puerta Santa en esta Iglesia concatedral de Santa María de Mérida.

Todos los años son años del Señor. Cada año que pasa es una oportunidad más que el Señor nos da para nuestra conversión, para volvernos a él con todo el corazón y para asumir el evangelio como norma de nuestra vida cristiana: "Convertíos, es decir: creed en el Evangelio" (Mc 1, 15). Todo tiempo es tiempo de gracia del Señor para quienes lo sepan aprovechar. Pero el Año Jubilar, con profundas raíces en el Antiguo Testamento es un tiempo de gracia extraordinario, una ocasión inmejorable para restablecer la relación con Dios, en primer lugar, así como de cara al prójimo y a toda la creación, conllevando asimismo el perdón de las deudas, la restitución de terrenos enajenados y el descanso de la tierra (cf. Lv 25, 8-13). Como dijo Juan Pablo II en el Jubileo del 2000, estos tiempos nos introducen en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y a la penitencia [...] para recuperar lo que con sus solas fuerzas no podría alcanzar: la amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón". Pero, además de esta dimensión personal e íntima, no podemos olvidar la dimensión social que según la Biblia tienen estos Años Jubilares.

Han pasado 2025 años desde que Dios envió a su Hijo al mundo para salvarlo, rompiendo toda lógica humana. En el 2033 celebraremos el Jubileo de la Redención. Este Año Jubilar el Papa lo ha querido centrar en una cuestión concreta, la esperanza, desde la misma bula de convocación, *Spes non confundit*. Un llamamiento a mantener el sentido de la vida puesto en el amor frente a un entorno digital que aísla, aliena y crea adicción. Y este, el amor, es precisamente nuestra esperanza. La esperanza de que la muerte, el sufrimiento, la guerra, el mal... no tienen la última palabra. El hecho de que Jesús haya vencido la muerte y el mal, ese hecho es la raíz de nuestra esperanza. Una esperanza que, como nos recuerda el Papa Francisco en la Bula con la que convoca este Año Jubilar, no defrauda. En Cristo Jesús podemos esperar que también nosotros podremos alcanzar la plenitud. Esa plenitud que no nos las dan esas luces que deslumbran para no iluminan, esas compras que sacian una ansiedad insaciable.

El Jubileo que hoy inauguramos nos tiene que interpelar. No estamos ante un acontecimiento más. El sentirnos perdonados, la indulgencia mira precisamente a ello, nos debe llevar a perdonar, y recibir la esperanza que nos viene de Cristo, nos tiene que comprometer en transmitirla a los demás, especialmente a los que sufren, a los pobres, a los vulnerables, a los jóvenes y a los ancianos que viven en soledad. Seamos para todos ellos "signos de esperanza" y sembradores de esperanza. Creemos signos tangibles y visibles de esperanza. Ello será posible si estamos cerca de los que sufren participando de sus sufrimientos. Pasemos de las esperanzas que dependen de nosotros, a la esperanza que nos viene de Aquel que es nuestra esperanza. Dejémonos habitar por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiada a cuantos la deseen, porque los cristianos no solo estamos llamados a anunciar la esperanza, sino también a hacerla visible. Vivimos en un mundo en los que hay muchas personas desanimadas, que miran al futuro con escepticismo y pesimismo. Por eso se hace más necesario que nunca el que reavivemos nuestra esperanza y que transmitamos esperanza. A ello mira la cancelación de la deuda externa que oprime a los países pobres, que reclama el Papa. A ello mira el Jubileo del consuelo que se celebrará el 15 de septiembre que mira a secar las lágrimas de los que son víctimas inocentes. ¡Cuántas lágrimas estamos llamados a enjugar! Siendo como es el Jubileo una experiencia de amor y de alegría, debe hacernos sentir responsables de quienes no tienen

esa alegría y de quienes nos necesitan: responsables a través de nuestra cercanía y de nuestra presencia.